

sobre el turbado mar/ que ante nosotros hervía, pronto aparecieron./Estaba en el aire la espera/de un proceloso evento».

En la introducción a esta versión castellana del libro de Montale hace el traductor un comentario que confieso no acabar de entender: «Carente de imaginación (Montale), realiza la obra más grave y trágica de la poesía italiana contemporánea». Valga la segunda parte de la frase, pero, ¿qué quiere decir eso de «carente de imaginación»? Si por imaginación se entiende la capacidad de crear mundos totalmente ficticios o fantásticos o de elaborar metáforas deslumbradoras, entonces tal vez sea cierto que Montale no demuestra demasiada «imaginación»: él no ha tenido que ir muy lejos en busca de materia para su poesía: las desabridas costas ligures donde transcurrió su infancia y a las que vuelve siempre, han sido soporte objetivo suficiente para su exacerbado subjetivismo. Sin embargo, ¿no es imaginación esa fuerza poética capaz de transformar la evocación de un paisaje familiar en toda una visión del mundo? Y en cuanto a metáforas, es cierto que Montale no es aficionado a los grandes «saltos a caballo» —tan típicos de los surrealistas—; sin embargo, sus imágenes, transparentes, si no nos deslumbran como las de un Apollinaire, por ejemplo, sí consiguen emocionarnos profundamente. ■ JOAQUIN RABAGO.

«Si te dicen que caí»

Esta novela de Juan Marsé, premiada en México y vendida en México hasta el punto de que se agotaron rápidamente los primeros veinte mil ejemplares, merecía las luminarias de los rótulos nocturnos de las librerías de la capital azteca. En un reciente viaje allí pude darme cuenta del impacto causado por una novela que puede cumplir el papel de devol-

ver a los escritores españoles perdidas confianzas sobre su capacidad de narrar, confianzas en otro tiempo excesivas y muy sepultadas bajo las toneladas verbales imaginativas de los Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez, Carpentier, Onetti, Rulfo, Lezama Lima y compañía. Novela curiosa la de Marsé, que en España se ha visto rodeada de expectación y especulación, como si se tratara de uno de aquellos monstruos atlánticos que los indígenas europeos suponían más allá de las islas Canarias. Bastó que Colón cruzara el Atlántico para que los monstruos demostraran su consistencia meramente imaginaria. Ha bastado que algunos españoles hayamos traído el libro de Marsé desde México y lo hayamos leído para que podamos testificar que muy mal estaría la «verdad establecida» en España si tuviera que hacer una cuestión de supervivencia el que circulara o no el libro entre nosotros.

Por su significación literaria, la novela de Marsé es una pieza indispensable para la lógica interna de nuestra cultura literaria. Necesitamos tener esta novela en nuestras librerías,

como necesitamos tener a Vargas Llosa, Galdós, Cela, Goytisolo y lo que cuelgue. Son señas de nuestra identidad cultural que no merecen el mecanismo del estraperlo. La permisividad de su circulación se ha visto perjudicada por la «orla» de provocación de que ha sido rodeada. Para empezar, el título no es ninguna chanza, sino una reflexión melancólica a partir de una frase de indudable poesía, como si fuera el epitafio nostálgico de la infancia del autor y del ambiente de una Barcelona en la que los niños y los adolescentes trataban de encontrar sentido personal al pasado de violencia y a sus secuelas. Imaginaciones educadas en el terror y en la evidencia de lo liviano que es el tránsito entre la vida y la muerte, lo coherente y lo absurdo, la realidad y la imaginación, se aplican a interpretar el mundo de los adultos y a crear un mundo paralelo, en el que los valores establecidos se deforman hasta llegar a la pura parodia del comportamiento. El autor recupera el tiempo de su infancia y de su barrio, y lo hace a través de la retina de los niños de entonces y valiéndose de la tecnolo-

gía épico-narrativa de los niños de entonces; las aventuras o «aventis», en argot de calle años cuarenta.

Desde la estatura de los niños y adolescentes protagonistas, la realidad es a veces sólo la tapia demasiado alta que impide ver el descampado que guarda. Otras veces, la realidad es el descampado contemplado en precarias condiciones, porque a duras penas el niño puede izarse hasta el borde de la tapia. Y también la realidad puede contemplarse con dolor, porque en los años cuarenta las tapias solían tener los bordes protegidos por cascotes de botellas rotas amalgamados por «cemento rápido», y los niños se los clavaban cuando intentaban asirse con las manos al borde del muro que les separaba de la realidad. Y esa augusta señora aparece en la novela de Marsé distorsionada por la impotencia de su accesibilidad, por la precariedad de su visión, por el dolor que reportaba su conquista. Ya sólo por la sabiduría en la elección de los mejores testigos para una época que no quería testigos, la novela de Marsé se convierte en un hito cultural excepcional. El

medio es el mensaje en algunas ocasiones, y el comunicado de Marsé es precisamente esa realidad distorsionada que llevan encima los «médioms».

Los adultos interpretan un gran esperpento titulado «Gran liquidación, fin de temporada histórica». Los unos tienen los gestos agarrotados por la sed del desquite y los otros tienen el ademán torpe del que ha perdido los puntos cardinales. De alguna manera parece como si todos los habitantes de la novela de Marsé hubieran perdido los puntos cardinales. Y de alguna manera se habían perdido. De la noche a la mañana se habían cambiado los rútiles del Norte y el Sur, del Este y el Oeste. En el pequeño territorio de un barrio de exactos límites, los niños crean «otra realidad» necesaria para sobrevivir entre las ruinas del paisaje y de las personas.

Novela deprimente donde las haya, porque el autor no quiere hacer ninguna concesión, no quiere ligar el problema del dolor o de la crueldad a una peripecia histórica exclusiva, sino que los condiciona a la locura de la insatisfacción perpetua del hombre educado para el

paraíso y el absoluto teórico, condenado a un mundo tapiado que sólo guarda descampados y ademanos lejanos. La novela mezcla el tiempo consumido con el tiempo actual, fluyente, y lo relativo de la mejoría que aporta el paso del tiempo se contraponen con la muerte de la ilusión histórica, con el adocenamiento, la renuncia y la fatalidad simbolizados en la peripécia inicial y final de la novela.

Cuando la promoción de españoles que están entre los treinta y los cuarenta y cinco años necesitan ese periódico retorno a las fuentes de su propia conciencia personal y colectiva, la novela de Marsé será una preciosa pieza testimonial a completar con otras, y, por desgracia, escasas. Sería absurdo renunciar a una «posibilidad de memoria», que es en definitiva lo que pretende Si te dicen que caí, lo único que pretende y lo que espléndidamente consigue a través del mejor lenguaje hasta ahora desplegado por un escritor que ya alcanzó elevadas cotas lingüísticas en Últimas tardes con Teresa o La oscura historia de la prima Montse. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

